

# BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 16

Marzo de 2008

## Palabra de Dios

*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo:*

*El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.*

*Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre.*

*Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre.*

*Filipenses 2, 5-11*

## Índice

<i>Editorial: Servicio</i>	1
<i>Enseñanza: "El Servicio en la Comunidad". M<sup>a</sup> Jesús Casares</i>	2
<i>Este Mes: Sacramento del Bautismo. Vicente Borragán Mata</i>	7
<i>Para Meditar</i>	11
<i>El Rincón de los Testimonios</i>	12
<i>Recordemos qué es la Renovación. Allan Panozza</i>	13
<i>Noticias...Noticias...Noticias</i>	15
<i>Ideas para tu Biblioteca</i>	16
<i>A Tu Servicio</i>	17

## Servicio

En este boletín recogemos, entre otros temas, uno necesario para el funcionamiento de nuestros grupos y comunidades: el servicio. En la tradición de la Iglesia fue definido, durante mucho tiempo, como el culto que se da a Dios en el ejercicio de lo que pertenece a su gloria.

Durante algún tiempo se restringieron muchos de los servicios de la comunidad cristiana a personas consagradas específicamente para ello. Pero al servicio, en sentido amplio, bajo la guía del sacerdote o de la autoridad competente, estamos llamados todos, pues todo el pueblo santo de Dios participa de esa labor ministerial, y todos estamos llamados a manifestar la gloria de Dios, haciendo visible a Jesucristo, desde el don o el carisma que el Espíritu Santo de Dios me dé para atender a su Cuerpo Santo.

Para prestar esa atención o servicio no hablamos ni de esfuerzos ni de sacrificios, estamos hablando de puro don, de pura gracia, que es la que nos revela que el servicio, en realidad, lo realiza el Señor sí, dóciles al Espíritu, le dejamos pasar a través de nosotros. Porque Él ahora no es visible para los hombres, a no ser que yo haga visible a este Cristo que ama, que sigue amando a la humanidad pobre y herida, y que la quiere amar tal como es, a través del servicio y de la entrega de cada uno de nosotros, con esa sensibilidad interior que sólo ÉL puede dar.

Y estamos llamados a entenderlo y a vivirlo, a dejar que Cristo se haga visible al mundo, a través de nosotros, porque eso estará indicando que la semilla que se sembró en nuestro interior el día de nuestro bautismo está creciendo y fructificando, por la acción del Santo Espíritu, y el mismo Espíritu nos irá orientando y señalando la parcela donde haya necesidad que atender en el pueblo santo de Dios.

Y el pueblo pasará a experimentar el amor, la liberación, la sanación, y el pueblo que caminaba en tinieblas verá una Luz Grande, porque esa cercanía, esa presencia de Cristo, le da fuerzas, le renueva, le anima a hacer el camino por la fuerza de la palabra que le acerca y que hacía mucho que nadie se la recordaba, por el afecto del corazón que el Señor ha puesto en ti, no para que lo guardes sino para que lo entregues, y así da fruto y fruto abundante.

Por eso hoy nos atrevemos a definir el servicio como el don que nos permite hacer visible a Jesucristo en medio de nuestro mundo, gracias al cual, cuando lleguemos a su presencia, Él nos dirá: ¡Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre... tuve sed... estaba desnudo... y me socorriste! (Mt 25, 34 ss)

# Enseñanza: El Servicio en la Comunidad

***“Era la víspera de la fiesta de la pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Y él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el extremo. Estaban cenando y ya el diablo había metido en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de traicionar a Jesús. Entonces Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en un librito y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura. Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió: “Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?” Jesús le contestó: “Lo que estoy haciendo tú no lo comprendes ahora; lo comprenderás después”. Pedro insistió: “Jamás permitiré que me laves los pies”. Entonces Jesús le respondió: “Si no te lavo los pies no podrás contarte entre los míos”. Simón Pedro reaccionó así: “Señor, no sólo los pies; lávame también las manos y la cabeza...” Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos. “¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y tenéis razón, porque efectivamente lo soy. Pues bien, si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros. Os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros. Yo os aseguro que un siervo no puede ser mayor que su señor, ni un enviado puede ser superior a quien lo envió. Sabiendo esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica”.***

***Jn 13, 1-9, 12-17***

Los que hemos recibido la efusión del Espíritu Santo, convertido en semilla de vida nueva en cada uno de nosotros desde nuestro bautismo, liberamos la presencia misteriosa y el poder operante del Espíritu en nuestro interior. La acogida del Espíritu da lugar en nosotros a dos acciones: una

interior, hacia dentro, personal, de transformación, de renovación de nuestra vida; y otra acción del Espíritu que se ejerce hacia fuera, hacia la comunidad, hacia la Iglesia. Y a esto es a lo que aluden estas dos palabras, Renovación y Carismática, que dan nombre a la corriente de gracia a la que pertenecemos.

## **1.- RENOVACIÓN**

La Renovación es una transformación de toda nuestra vida cristiana por la acción del Espíritu Santo a través del encuentro con Jesucristo vivo y resucitado y la aceptación de su señorío. Es el Espíritu Santo quien nos revela quién es realmente Jesús para nosotros: nuestro Señor y nuestro Salvador personal. Nos descubre su vida, nos ilumina su palabra, nos abre al misterio de su pasión y de su muerte, y también al de su resurrección y su victoria sobre el pecado, el mundo, la muerte y la ley antigua. El Espíritu Santo nos da la certeza de la gratuidad de ese amor del Padre, infinito, por cada uno de nosotros, tanto como para entregar a su Hijo único que, sin ningún mérito por nuestra parte, nos ha perdonado, nos ha salvado, nos ha justificado, amándonos hasta el extremo, hasta dar su vida por cada uno de nosotros.

Y esta acción del Espíritu produce una transformación de todo nuestro ser, un cambio en nuestras vidas: cambian nuestros pensamientos y

nuestros sentimientos, cambian nuestras costumbres y nuestros gustos, cambian nuestras amistades y nuestras lecturas, cambian nuestras formas de relacionarnos con Dios y con los hermanos... En una palabra, el Espíritu Santo nos va modelando a imagen de Cristo. Es una transformación interior. Pero esta transformación interior que realiza el Espíritu Santo por pura gracia, repercute en la comunidad, en la Iglesia y en el mundo, a través de los frutos que él produce en nosotros: la paz, la paciencia, la alegría, la misericordia, la libertad interior, el amor, la fidelidad... porque la renovación de la Iglesia y la transformación del mundo no es algo etéreo o simplemente teórico: se produce por la transformación de sus miembros, desde el más pequeño hasta el más grande, desde el último fiel hasta el Papa. Esta es, de forma muy sucinta, la acción que el Espíritu Santo realiza interiormente en nosotros renovando también profundamente nuestra relación con la Iglesia, los sacramentos, la liturgia...

## **2.- CARISMÁTICA**

Pero luego tenemos un apellido: carismática. Y este apellido no podemos olvidarlo, no podemos quedarnos encerrados en lo nuestro, en lo personal, en lo que Dios hace dentro de cada uno de nosotros, porque el Espíritu Santo, al mismo tiempo que nos renueva, nos concede unos poderes, nos concede unas gracias, nos concede unos carismas para que los pongamos al servicio de la comunidad, al servicio de la Iglesia, a fin de que seamos colaboradores suyos en la extensión del Reino de Dios en este mundo. Por lo tanto, los carismas son dones gratuitos, son gracias que el Señor nos concede para poner al servicio de los demás, para construir la comunidad y para que la comunidad crezca. El carisma es un don de servicio.

Se dan en nosotros estos dos aspectos y los dos son necesarios en la Renovación Carismática. No nos podemos quedar encerrados sólo en lo nuestro, en lo personal, en lo interior,

sino que tenemos que acoger esos carismas y ponerlos al servicio del Reino y de los hermanos.

### 3.- CARISMAS Y MINISTERIOS

En los grupos de oración carismáticos, los ministerios son el lugar en el cual el carisma que cada uno de nosotros ha recibido gratuitamente se pone al servicio de los hermanos, para que la comunidad crezca y para que la comunidad se santifique. Todos tenemos carismas. La palabra nos dice: **“a cada cual -es decir, a todos- se le otorga la manifestación del Espíritu para el provecho común”** (1Co 17, 7). Por lo tanto, tenemos que descubrir el carisma que nos ha regalado el Señor y ponerlo a producir, como en la parábola de los talentos (cf. Mt 25,14s).

Además, todos los carismas son igual de importantes e igual de necesarios, aunque algunos supongan una mayor responsabilidad. Pero no debemos pensar que hay unos carismas que son muy importantes y que los demás son de segunda división. Todos, absolutamente todos, son preciosos, todos tienen un valor infinito, no por nosotros, sino porque el autor de esos carismas es el Espíritu Santo. Todos tienen la misma importancia, pues todos son necesarios para que la comunidad funcione bien, como nos explica san Pablo en el símil del cuerpo (1Co 12, 12s).

### 4.- EJERCICIO DE LOS CARISMAS

En el ejercicio de un carisma en un ministerio yo destacaría tres características como las más importantes:

1. La primera, que ha puesto el Señor en mi corazón con gran fuerza, es que **servir al Señor es un privilegio**. Servir al Señor no es una carga, no es un fardo pesado del que a veces

nosotros hablamos, porque somos humanos, quejándonos: *-¡Qué pesadez!... ¡Qué es esto!... ¡Tener que renunciar ahora un día más a la semana!... ¡Tener que cargar con una guitarra!..* Debemos ser conscientes de que es un privilegio, un regalo, que el Señor cuente con nosotros, que confíe en nosotros, que nos dé una misión, que nos mendigue que le ayudemos en la construcción de la comunidad, en la renovación de su Iglesia. Deberíamos tener presente esto: que es el Rey de reyes y el Señor de señores el que llama a nuestra puerta para pedirnos que le ayudemos en la extensión del Reino, el que nos pide, por favor, que colaboremos con él, diciéndonos: ¡te necesito!, ¡confío en ti!, ¡cuento contigo! ¿Cómo nos sentiríamos si viniese el rey Juan Carlos a llamar a nuestra puerta para encargarnos algo? Sacá-

**pequeños, a mí me lo hicisteis”** (Mt 25, 40). Y si servimos a Jesús, tampoco podemos decir esas cosas que a veces oímos: Es que yo en mi ministerio parece que no valgo nada; es que nadie valora lo que hago; es que soy el último mono... Si el Señor te ha concedido un carisma y tú lo estás ejerciendo con amor, con dedicación, con vocación... ¿crees que Jesús no se entera?, ¿crees que no lo valora?, ¿crees que Jesús no tiene en cuenta hasta un alfiler que cojas del suelo en favor de tus hermanos? Pues si él lo hace, ¿qué te importa lo demás? Si los hermanos nos agradecen el servicio, mejor para ellos porque tendrán un corazón bueno y agradecido; si nos critican, peor para ellos, porque tendrán que confesarse. Pero yo diría que casi, casi, mejor que no nos lo agradezcan por aquello que dijo Jesús: **Si**

**hacéis algo a aquellos que os lo van agradecer, ya habéis recibido vuestra recompensa; pero si lo hacéis por amor, sin esperar ninguna compensación, entonces la recompensa soy yo mismo** (cf. Lc 14, 12-14; 6, 27-35). ¿Y qué mejor recompensa que Jesús? ¿Qué mayor premio podemos pedir? Además Jesús, generosamente, afirma que ni un solo vaso de agua fresca dado en su nombre quedará sin recompensa (cf. Mt 10, 42).



ríamos pecho, ¿no? Pues es el mismo Dios quien nos llama al servicio y nosotros ¡tan torpes, tan ciegos! no le alabamos sino que nos quejamos muchas veces.

2. La segunda característica es que **a quien servimos realmente es a Jesús**: estamos sirviendo a Jesús cuando servimos a los hermanos, estamos sirviendo a Jesús en su cuerpo, en su cuerpo pobre, necesitado, débil... Él nos lo ha dicho: **“Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más**

3. Y la tercera característica es la **humildad**. He elegido para iniciar la enseñanza ese texto de san Juan, porque en él Jesús nos da ejemplo -como él mismo dice: **“Os estoy dando ejemplo para que hagáis lo mismo”**- de una profunda humildad. Jesús se quita el manto -y sabemos que el manto era la señal de dignidad de los judíos- se ciñe una toalla y se arrodilla a los pies de los discípulos para lavárselos. Ningún judío se arrodillaba delante de otro hombre. Los judíos sólo se arrodillaban delante de Yahvé, porque su dignidad de hijos de Dios, su dignidad de hijos de Abraham, no les permitía arrodillarse delante de otro hombre.

Eso sólo lo hacían los esclavos. Sin embargo Jesús, como un siervo, se arrodilla a los pies de sus discípulos. De ahí viene el escándalo que eso supone para Pedro y su protesta: **“A mí no me lavarás los pies, no te voy a permitir que te humilles delante de mí”**. Pero las actitudes de Dios no son las actitudes de los hombres ni las formas de pensar de Dios son las de los hombres, y Jesús ha venido para cumplir el mandato del Padre abajándose desde el principio, dejando todos sus privilegios como Hijo de Dios y haciéndose uno de tantos para acoger nuestra nada, nuestra suciedad, nuestra indignancia. Jesús nos enseña a servir arrodillándonos, arrodillándonos delante de lo más pobre de nuestros hermanos, que eso es lo que representan lo pies. Y nos dice: **“Aprended a hacer lo que yo hago; si yo que soy el Maestro y el Señor me he arrodillado ante vosotros, haced vosotros lo mismo unos con otros”**. No servimos desde nuestra dignidad, desde la consideración de que somos mejores que los demás porque tenemos un don, un carisma; servimos en pobreza, en humildad, desde el abajamiento, desde saber ponernos de rodillas ante lo pobre de los hermanos y amarlos. No se sirve desde lo alto sino abajándose como Jesucristo.

Es tanta la importancia de este signo de Jesús que Juan, el discípulo amado, sustituye el relato de la institución de la Eucaristía en la última cena, que nos cuentan los otros tres evangelistas, por el lavatorio de los pies. Y lo hace así, porque en realidad, este lavar los pies a los hermanos, este servir a los hermanos, este arrodillarse ante los hermanos, es también una eucaristía: es la celebración de una eucaristía de amor preciosa desde el don de la fraternidad.

De un carisma puesto al servicio de los hermanos podrían decirse muchas más cosas, pero yo creo que las tres más importantes son las que he apuntado: 1º Saber que es un privilegio y tener un corazón agradecido porque el Señor nos llame a servirle; 2º No esperar ninguna compensación, porque nuestra recompensa es Jesús y a quien servimos es a Jesús; 3º Ejercerlo como lo hizo Jesús: arrodillán-

donos ante lo pobre de los hermanos por amor.

## 5.- CARISMAS Y EVANGELIZACIÓN

Los carismas existieron siempre en la Iglesia. Se derramaron con profusión en aquel primer Pentecostés y en aquella primera comunidad, y aquella gente se lanzó a ejercerlos con un entusiasmo ¡tan grande! que un puñado de hombres evangelizaron el mundo, desde la proclamación, con valentía, de la resurrección de Cristo, con la profecía, la predicación, la sanación, los milagros... Pero, sobre todo, evangelizaron desde el servicio, desde la alegría, desde el amor, desde el poder decir los que los veían: **¡Mirad cómo se aman!** Porque, sin el amor, hasta el carisma más enorme es paja y fuego de artificio: no vale para nada.

La Renovación ha sido un nuevo Pentecostés; un nuevo Pentecostés, porque la Iglesia necesitaba también hoy esta lluvia de carismas, ya que estaba muy institucionalizada, muy estructurada, muy jerarquizada, y los carismas, en cambio, prácticamente habían desaparecido de la vida de los fieles. Y la Iglesia tiene necesidad de ser las dos cosas: institucional y carismática. Por eso, el Espíritu Santo, soberanamente, quiso que así fuera, y nosotros hemos tenido la suerte de vivir este tiempo y de que el Señor nos haya llamado a esta corriente de gracia, recibiendo esta lluvia ingente de carismas que nuestro Dios ha derramado generosamente para toda la Iglesia a través de la Renovación Carismática. Un torrente de gracia que nos empapa, nos da poder y nos empuja a servir y evangelizar en el nombre de Jesús, tal como hicieron los primeros discípulos. A ellos, la venida del Espíritu los despojó de sus miedos, transformó sus vidas, les abrió la mente y el corazón para comprender el misterio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, pero no los dejó encerrados en sí mismos: se pusieron al servicio de todos los hombres, siendo testigos de lo que habían recibido.

Al principio de la Renovación también fue así: los hermanos se sintieron llenos del poder de lo alto, lle-

nos de carismas, y se lanzaron a ejercerlos. Pero a mí me parece que estas gracias están hoy disminuyendo en la Renovación, que en los grupos de oración hay cada vez menos carismas, y tenemos que preguntarnos el porqué: ¿por qué está sucediendo esto? Yo no lo sé, pero puedo aventurar tres motivos:

a) Tal vez es que hemos perdido ese entusiasmo y ese sentimiento interior de la necesidad que tenemos de los carismas y no los deseamos de verdad, con auténtico corazón; y no los pedimos de verdad al Señor y no le gritamos día y noche, suplicando para nosotros mismos y para nuestros hermanos: *Señor, renueva los prodigios de Pentecostés*, como decía Juan XXIII, *derrama tus carismas, porque los necesitamos*. Quizás hemos perdido la ilusión, el deseo, el amor primero.

b) Tal vez los que los reciben se encogen, se retraen, no se comprometen... No se lanzan con valentía a ejercer los carismas sabiendo que no son ellos, que es la obra del Señor a través de ellos. Pero que, aunque sea la obra del Espíritu, nosotros hemos de abrirnos y acogerlos, decirle al Señor, como todos los enviados, como todos los profetas: “Heme aquí, Señor”.

c) Y tal vez, por último, porque los que hemos dado un paso al frente y hemos acogido los carismas y los estamos ejerciendo, pues quizás no lo hacemos con esa pureza y esa generosidad que demandan esas tres condiciones que he apuntado: con agradecimiento y alegría, sin esperar recompensa humana y sin buscarnos a nosotros mismos en nada, y con la misma actitud humilde de Jesús.

Tenemos que estar atentos porque somos humanos y enseguida nos apegamus a las cosas y quizás buscamos reconocimiento y quizás no somos **suficientemente** humildes y quizás no consideramos el servicio como un regalo precioso por el que tendríamos que estar todo el día dando gracias llenos de júbilo.

Podemos meditar todo esto, con sinceridad de corazón, delante del

Señor porque, si desaparecen los carismas de la Renovación Carismática, nos convertiremos en un grupo de devoción más, de los muchos que hay en la Iglesia; un grupo de devoción bueno, quizás muy bueno, pero ya no seremos un grupo de oración de la Renovación Carismática, habremos perdido nuestra identidad y nuestra vocación.

## 6.- EL CARISMA, MEDIO DE SANTIFICACIÓN

Hemos dicho que el carisma no es directamente para nuestra transformación, no es un don santificante: es una gracia que nos da el Señor sin ningún mérito nuestro, gratuitamente, para poner al servicio de los demás. Pero al ejercer los carismas, los ministerios se convierten en un lugar para nuestra santificación; ejerciendo los carismas nos purificamos, morimos a nosotros mismos y nos santificamos. Y si al ejercer los carismas se producen esas purificaciones, pues quizás eso sea lo que nos echa para atrás porque, como decía la Madre Teresa de Calcuta: *“la santidad duele”*.

Pedro Reyero afirmaba: *“tener un carisma no es para nuestra gloria, sino para nuestra humillación”*. ¿Y qué quería decir con esto? Pues quería decir que ejerciendo el carisma que nos haya regalado Jesucristo es como vamos a morir a nuestro hombre viejo, para que el hombre nuevo, que es Jesucristo, viviendo en nosotros, crezca. Es el ejemplo precioso de Juan el Bautista. Juan tenía un carisma, se le había encargado un ministerio de parte de Dios: preparar el camino al Señor, proclamar la conversión, anunciar que el Reino de Dios estaba cerca, que el Mesías iba a llegar. Y este hombre se santificó ejerciendo ese carisma, porque cuando aparece Jesús, se hace a un lado y desaparece. A sus propios discípulos, a los que él con su trabajo, con su esfuerzo, con su predicación había congregado a su alrededor, les dice: **“Yo no soy. Aquel es el Cordero de Dios”**, y señala al Mesías y les pone en camino hacia él, desprendiéndose de ellos: **“Ese es el Cordero de Dios, ese es el que puede quitar realmente el pecado del mundo, ese es el que bautiza con fuego y Espíritu Santo”** (cf. Mt 1,11; Jn 1, 17s). ¡Ha

llegado el novio!, yo me alegro con él, pero me hago a un lado porque la gloria es sólo suya (cf. Jn 3, 28-29).

Ejercer un ministerio es dejar que Jesús crezca y se manifieste e ir desapareciendo nosotros para que el único que se muestre sea Jesucristo. Es desaparecer nosotros para que sólo Jesucristo se pueda manifestar, ser sólo un vehículo, un instrumento, como se decía cuando yo estaba en el colegio, hace ya mucho tiempo, con una frase un poco cursi: *Ser un camino que se utiliza y se olvida*.

Porque, ¿qué es visitar a los enfermos o interceder? No es más que ser un vehículo para que Jesús se pueda acercar a los que están sufriendo, a los pobres, a los enfermos, a los heridos, llevándoles una palabra de consuelo, de fortaleza, de vida, de sanación, de resurrección. El Salvador solo es él, y si estamos apareciendo nosotros, ¡mala cosa!

¿Qué es adorar? Adorar no es ponerse delante del Señor buscando estar muy a gusto, a ver si tengo un éxtasis, una visión o levito. No, es postarse en tierra, con el rostro humillado, desapareciendo totalmente para que sólo el Señor resplandezca. Él es el “Todo” y yo, su criatura, soy nada, por eso, reconociéndolo, le adoro.

¿Qué es discernir? Discernir es morir a nuestros propios esquemas, a nuestras propias formas de pensar, a nuestros juicios, a nuestros planes, a nuestros proyectos, para estar simplemente a la escucha del Señor, y a la escucha de los hermanos, para saber por dónde él quiere conducir a su pueblo.

¿Qué es el carisma de acoger? Es morir a nuestras simpatías o antipatías humanas y tener la misma mirada y el mismo corazón que Jesús para recibir a cada uno de los hermanos con amor, sin hacer acepción de personas.

¿Qué es la música? A mí hay una definición que dio el Padre Córdova que me parece preciosa, porque define muy bien lo que es ese ministerio: *“el ministerio de música es sólo una pista de despegue para que el avión de la*

*alabanza del pueblo se eleve, para que sea el pueblo el que aclame.”* No es para lucimiento personal de una persona que canta muy bien o de una persona que es un virtuoso con determinado instrumento. No, todos tienen que desaparecer, como Juan el Bautista, para ser simplemente una pista que se deja pisar a fin de que la alabanza del pueblo surja; y después hacerse a un lado, sin ningún protagonismo. Entonces es realmente un ministerio al servicio de la alabanza del pueblo. Y hemos visto, en algunas ocasiones, ministerios de música a nivel nacional que con mucho esfuerzo, con su mejor intención, con todo amor y dedicación han ensayado mucho y han practicado mucho y han cantado estupendamente y han tocado de forma admirable, pero no han sido ministerio porque no han hecho ponerse en pie al pueblo exultando de gozo, bailando y aclamando al Señor, sino que simplemente ha sido una especie de concierto religioso que los demás hemos contemplado como un espectáculo. Pero ser un ministerio no es eso; ser un ministerio es desaparecer, desaparecer para que Su misión, sea la que sea, aparezca.

Eso es lo que deben ser los carismas, y así podríamos continuar con cada uno de ellos

Sólo si morimos a nosotros mismos, si desaparecemos nosotros y dejamos que sólo Jesús aparezca, estamos ejerciendo bien nuestro ministe-



rio. Pero esto duele. Yo escuché a un hombre que tenía un enorme carisma de sanación, el P. Tardif. Era un hombre con un carácter fuerte, un poco hosco, muy independiente, muy reservado, al que le horrorizaban las masas, que la gente acudiera a él atropellándose... Afirmaba que humanamente lo último que él hubiera querido recibir del Señor era el carisma de sanación, el don de curar a los enfermos. Sin embargo, se puso al servicio de su carisma y supo morir a sí mismo, solicitado y agobiado por la gente que continuamente acudía a él, rodeado de pobres, de enfermos... Y ahí se santificó, ahí murió a sí mismo y se santificó. Y ahora dicen que le van a beatificar.

Yo he conocido a otro hombre, a nuestro querido hermano Pedro Reyero, que era el hombre al que el Señor, en mi modesta opinión, concedió el carisma de predicación más grande que hemos tenido en la Renovación Carismática. Él era un hombre perfeccionista, le gustaba preparar sus charlas estética y literariamente, cuidarlas y exponerlas muy bien; pero prestó su boca al Espíritu Santo y ya nunca más supo qué iba a predicar, ni cómo: proclamó la palabra tal como Dios la ponía en sus labios... y eso es una muerte terrible. También era un hombre tímido y extremadamente reservado, que sin embargo supo morir a sí mismo, a sus gustos, a su intimidad, desnudando su pobreza para dar testimonio de la obra de Dios en su vida, muriendo a su perfeccionismo y muriendo también a su intimidad. De ese modo se santificó y ahora intercede por nosotros ante el trono de la Palabra, del Hijo de Dios.

Con estos ejemplos quiero mostrar que cada ministerio es un medio precioso para poder crecer en el Señor, un lugar de santificación tremendo si no ponemos el carisma a nuestro servicio, sino que nos ponemos nosotros al servicio de nuestro carisma, dejándonos poseer y llevar por él.

## 7.- CARISMA Y VOCACIÓN

Ejerciendo el carisma es como damos un sentido profundo a nuestra vida y, además, alcanzamos la felici-

dad. En las últimas palabras del texto de san Juan, Jesús nos dice: **“Sabiedo esto seréis dichosos sí lo ponéis en práctica”**. ¡Dichosos!

El hombre tiene la tendencia a encerrarse en sí mismo: en sus cosas, sus preocupaciones, su salud, su bienestar económico, su familia, sus hijos, su pequeño círculo de amigos... y está bien, porque el hombre tiene que vivir su propia historia personal; pero si se queda sólo ahí, nunca estará satisfecho, no será realmente feliz. Porque, aparte de su historia personal, todo hombre está inserto en una historia de salvación universal que alcanza desde el principio de los tiempos y llegará hasta el final de los tiempos cuando Jesús venga en gloria. No sólo tenemos que vivir y dar cuenta de nuestra historia personal, sino que formamos parte del plan de salvación de Dios para el mundo. Ninguno de nosotros ha nacido por casualidad: ha venido a este mundo porque desde toda la eternidad Dios le ha amado, ha pensado en él, le ha llamado a la existencia con una vocación, una misión, un lugar y un papel en el plan de salvación, un sitio que nosotros acogemos y aceptamos a través del ejercicio de nuestro carisma. Descubrir y aceptar este lugar que tenemos en el cuerpo de Cristo, ese lugar que Dios ha destinado a cada uno de nosotros antes de la creación del mundo porque nos ama y quiere que seamos felices, es lo que da sentido a nuestro existencia, lo que armoniza toda nuestra vida -que a veces está dispersa con tantas cosas que nos tiran para aquí y para allá- y la centra en Dios. Y, además, es lo que nos hace dichosos, lo que nos deja realmente satisfechos, con ese gozo que no es el del mundo, ese gozo que nos anuncia Jesús, ese gozo que él nos da y nada ni nadie nos puede quitar.

## 8.- TRANSFORMARSE EN DON

Y por último, ejercer un carisma no es algo puntual que hacemos los martes de cinco a seis o los viernes de ocho a nueve. No, ejercer un carisma es dejar que ese carisma nos posea cada minuto de nuestro día, cada día de nuestra existencia, y así todo nuestro ser se vaya transformando. **El mi-**

**nisterio de enfermos** no es hacer una visita a los enfermos de la comunidad un determinado día, sino dejar que el Señor transforme nuestro corazón en un corazón de compasión como el suyo que se estremezca ante todo sufrimiento humano; **acoger** no es estar un día de la semana recibiendo a los hermanos para dedicarles una sonrisa y darles un abrazo: es dejar que el Señor transforme el corazón en un corazón de acogida, en un corazón siempre abierto: abierto a nuestra familia, abierto a nuestros vecinos, a nuestros compañeros de trabajo, a la gente que encontramos por la calle, a los pobres que nos salen al encuentro. **Interceder** no es rezar un día concreto, por un hermano concreto, por un problema concreto... Es convertir toda nuestra vida, nuestro trabajo, nuestra oración, nuestra existencia en una intercesión continua, que está implorando ante el trono del Cordero y ofreciendo la propia vida por las necesidades de la Iglesia y por las necesidades del mundo. **Vender libros** y cassetes con la palabra de Dios no es lo que se hace en un comercio normalmente: intercambiar un producto por dinero. Es dejar que tu mente y tu corazón se apasionen por la palabra de Dios y por los libros o cintas que hablan de nuestro Dios y poder transmitir ese entusiasmo a los que se acercan a nuestro ministerio, etc., etc., etc. Y podríamos seguir con todos los ministerios.

En resumen, ejercer un ministerio no es hacer un trabajo un día determinado, en un momento determinado: es dejar que el Señor irrumpa en nuestra vida y a través de ese carisma nos transforme a nosotros mismos en carisma, en don, en gracia, en unción, en alabanza, en adoración, en intercesión, en música, en acogida, en amor a los más pobres, en compasión por los que sufren... ¡Que seamos nosotros mismo el don! ¡Que seamos nosotros mismos el carisma!, para que todo el que se acerque a nosotros pueda entender un poco mejor cómo es el corazón de nuestro Dios.

*Maria Jesús Casares*

# Este Mes: Sacramento del Bautismo

Seguramente las dos palabras del título, *sacramento* y *bautismo* son bien familiares a todos los cristianos. Pero, ¿sabemos realmente lo que significan?

## 1. ¿Qué es un sacramento?

El término *sacramento* apenas nos dice nada. Sólo evoca en nosotros un rito o una ceremonia. Cuando yo digo padre o madre, hermano o amigo, esas palabras tienen una resonancia profunda en mi corazón. Pero la palabra sacramento no provoca ninguna resonancia entrañable en nosotros. ¿Por qué no se ha escogido alguna palabra mejor?

Pero, a pesar de su oscuridad, la palabra sacramento tiene una etimología bastante clara: procede del latín *sacrare*, y de su equivalente *consecrare*, que indica una acción por la cual una persona, un objeto o un lugar es segregado y consagrado para Dios. Sacramento indica que algo sagrado va a suceder, que Dios está revoloteando en medio de nosotros, que nos sale al encuentro y que se nos invita a una cita de amor. En el sacramento Dios se ensambla con el hombre en una unión misteriosa y sagrada. Por eso, el sacramento ha sido definido como un *símbolo*. Con ese término se designaban las dos mitades separadas de una moneda, de una tablilla de arcilla o de una vara que, al juntarlas, constituían un todo. En la antigüedad, algunas ciudades utilizaban el procedimiento de romper en dos partes una pieza redonda de tierra cocida, y cada ciudad tenía su propia mitad. Cuando una ciudad tenía que comunicar algún mensaje a la ciudad aliada enviaba a su mensajero con la mitad de la pieza y, al llegar, la acoplaba con la mitad que poseía la otra ciudad. Cuando las dos mitades encajaban sin fisuras estaban seguros de que el mensajero procedía de la ciudad aliada y que no era un espía. Así el sacramento es un símbolo, el *ensamblaje* de Dios con el hombre, el encuentro entre los dos. El sacramento es precisamente “el punto

de convergencia entre Dios y el hombre”, donde el Dios que lo tiene todo se encuentra con el hombre que todo lo necesita. El sacramento es como una corriente que va de Dios hacia el hombre y del hombre hacia Dios. En él se encuentran, se abrazan y se besan.

## 2. El bautismo en la vida de la Iglesia

*Bautizar* (en griego *baptidsein*) significa literalmente zambullirse, sumergirse, empapar, meter en agua, lavar con agua, limpiar con agua, teñir una cosa con color... El *bautismo*, pues, es una inmersión, una inundación, un empapamiento, una efusión desbordante, una limpieza, un lavado; ser bautizado es como ser rociado, mojado, empapado, sumergido, hundido, inundado y colmado. Puede tratarse de un lavado externo, como el de aquel que se baña en el agua, o puede ser una inmersión interna, como el de una nave que se hunde, como el de una tela que es teñida y coloreada por el tinte hasta que adquiere el color del líquido en el que ha sido sumergida. El bautismo cristiano es como una inmersión o como una *zambullida* en la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte. Por medio de él el hombre se sumerge en el corazón mismo del acto salvador.

Jesús, bautizado en agua por san Juan, quiso que los suyos fueran bautizados en Espíritu Santo y fuego. Pero, ¿cómo se hizo el bautismo desde el principio? ¿Cómo fueron bautizados los convertidos el día de Pentecostés? ¿Cómo lo fueron los convertidos por san Pablo en sus viajes? En los primeros años de la Iglesia el bautismo fue

administrado “en el nombre de Jesús”, o de “Jesucristo”, o del “Señor Jesús”, pero la fórmula trinitaria, es decir, el bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu” ya era utilizada por los años 80-85. Así, la vida de los bautizados era consagrada y sumergida por entero en el seno de las tres personas divinas.

El bautismo formó parte esencial de la *iniciación*, es decir, del proceso por el cual un hombre llegaba a ser cristiano. En ella no se trataba de hacer una exposición de dogmas ni de



normas, sino de encontrarse con Jesús, muerto y resucitado. La *iniciación* no iba dirigida sólo a la inteligencia, sino al hombre total: cuerpo y alma, corazón y vida, sentimientos y afectos. La *iniciación* era como un *paso* de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la nueva vida. La entrada en el *catecumenado* se hacía a través de un rito especial, presidido por un sacerdote o un diácono, en el que los catecúmenos manifestaban su decisión de ingresar en el camino de la fe. El tiempo del catecumenado podía variar de un lugar a otro: en algunas iglesias duraba algunas semanas, en otras varios meses, en otras hasta tres años. Cuando los catecúmenos eran considerados *aptos* o *elegidos* se preparaban intensamente para la celebración del bautismo con oraciones, ayunos y limosnas, vigiliyas y exorcismos. Las Iglesias de Roma y del Norte de África optaron por la *pascua* como la fecha más apropiada para celebrar los sacramentos de la iniciación. Era el día de la Resurrección del Señor. Ningún otro día podía simbolizar mejor el paso de la muerte a la vida. En consecuencia, en la mañana del sábado san-

to, la Iglesia preparaba a los catecúmenos para el momento solemne del bautismo; por la tarde, se les recordaba el misterio de la salvación en el cual iban a ser iniciados. Entonces la comunidad los acompañaba hasta la fuente bautismal, “santuario de la regeneración”. El obispo consagraba el agua y procedía a bautizarlos. El bautismo se hacía por inmersión: el catecúmeno entraba en la piscina completamente desnudo y sin adornos: “Desnudos nacemos, decía san Ambrosio, desnudos accedemos al lavado”. El catecúmeno descendía los tres escalones que le llevaban hasta el fondo de la piscina, entraba en el agua, y el celebrante le bautizaba poniendo la mano sobre su cabeza y sumergiéndole tres veces en el agua, mientras le preguntaba: “¿Crees en Dios Padre omnipotente? ¿Crees en Cristo Jesús? ¿Crees en el Espíritu Santo?” A lo cual él respondía: “Creo”. Cuando salía de la piscina por la escalera opuesta, se encontraba con el padrino o la madrina que, con un paño especialmente preparado, secaban su cuerpo y lo cubrían con un *vestido blanco*, símbolo de la pureza y de la luz que habían recibido; después eran ungidos

(confirmación) y hacía la señal de la cruz sobre sus frentes; finalmente, toda la asamblea (los recién bautizados, el obispo, los sacerdotes y los fieles) se dirigían desde el baptisterio hasta la catedral para celebrar la eucaristía pascual. Entonces, los recién bautizados rezaban por primera vez el padrenuestro y recibían la primera comunión. Era la noche pascual, es decir, del “paso del Señor, la noche de la resurrección, la noche de la victoria de la vida sobre la muerte, la noche santa que los mantenía en vela, esperando el triunfo de Jesús.” Era su entrada en una comunidad de hermanos y en el reino de la vida y del amor.

### 3. La gracia del bautismo

El bautismo ha dejado las huellas de su paso en todas las páginas del Nuevo Testamento, sobre todo en las cartas de san Pablo: “¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rom 6,2-4). “Y tales fuisteis al tal manera que el lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1Cor 6,11). “En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gál 3,27) etc. etc.

Por el bautismo hemos sido lavados, renovados, justificados, santificados y convertidos en hijos de Dios; por él somos *despojados* del pecado, *revestidos* de Jesús e *injertados* en él. Los santos padres dijeron cosas maravillosas sobre él. El bautismo es “un don gratuito, una iluminación, una perfección, un baño, un nuevo nacimiento.” “Lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay.” El bautismo era como de “la fiesta de las luces.” Ese día, las tinieblas se retiraban y los bautizados quedaban bañados en un derroche de luz divina, de tal manera que eran “como astros



resplandecientes.” Si san Pablo habló de “revestirse de Cristo”, los santos padres dijeron que “Cristo era el vestido de los bautizados” o “el manto que cubría su desnudez.” Por el bautismo se borran los pecados y la raíz de todo pecado, que es el pecado original; el hombre recupera la gracia pri-



mera, es justificado y hecho agradable a los ojos de Dios, es santificado y convertido en hijo y en heredero de todos sus bienes, es revestido de Jesús e incorporado a la Iglesia, su cuerpo en la tierra. El bautismo, en efecto, es como un *renacimiento* o un *baño de regeneración*, un paso de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, del no ser al ser, del pecado a la gracia, de la desnudez al vestido, de la esclavitud a la filiación.

Pero el bautismo cristiano no es sólo en agua, sino en el Espíritu. Los santos padres atribuyeron al Espíritu la totalidad de los efectos que emanan del bautismo: él devuelve al hombre la belleza original, le llena de gracia, le libra del pecado y de la muerte; de esclavos nos hace hijos y herederos, a cambio de la tierra nos devuelve el cielo, nos hace más gloriosos que los ángeles; él bendice y consagra las aguas bautismales y las comunica la fuerza de regenerar. Por eso, el Espíritu es el don supremo que el hombre recibe en el momento del bautismo. Por eso, exhortaron a todos los bautizados a que purificaran sus almas para recibir al Espíritu Santo en moradas limpias, en odres nuevos. Algo grandioso sucede cuando el agua y el Espíritu vienen sobre el hombre: entonces ya no es carne que perece, sino vida que no termina.

#### 4. Vivir el bautismo

¿Qué significa ser cristiano? ¿Qué

significa bautizarse en Cristo? ¿Cómo deberíamos vivir si fuéramos cristianos de verdad? ¿En qué nos distinguimos de los que no han sido bautizados?

El sacramento es encuentro y comunicación, un pacto y una alianza que supone la presencia de Dios y del hombre. Los que han sido bautizados en el Señor jamás deberían perder la vida nueva recibida, sino que deberían conservarla intacta y hacerla fructificar. Los santos padres hablaron de “guardar el bautismo, de mantener intacto el sello, de conservar la vida, la santidad, la blancura, el brillo y el esplendor de la vestidura bautismal, de mantener limpio el templo de Dios, de no perder el Espíritu, de perseverar en la santificación y de conservar la inocencia; en una palabra, de poner el mismo empeño en conservar el don recibido que el que se había puesto para alcanzarlo.” Por eso recomendaron a todos la vigilancia, la oración y la integridad de vida y que nunca olvidaran que habían sido bautizados en el nombre de la Trinidad. A *vida nueva, obras nuevas*. Del corazón que cree y ama tienen que brotar las obras más hermosas. “Revestíos en la vida de quien os revestisteis en el sacramento.” “Ahora debéis realizar en la existencia lo que habéis celebrado en el sacramento.” “Hay que pasar de lo bueno a lo mejor, de lo mejor hacia las alturas más sublimes.” Vivimos sumergidos en la vida, no en la muerte; en la luz, no en las tinieblas; en el

amor, no en el desamor. Por eso, el bautismo no es sólo una llamada a la santidad individual, sino también a participar activamente en la misión de la Iglesia. El bautismo nos reclama para una misión profética y sacerdotal.

#### 5. Actualizar el bautismo

El bautismo es la puerta de ingreso en la comunidad de

la fe y en la vida del Espíritu. La Iglesia primitiva estuvo compuesta por hombres que llegaron al bautismo en edad adulta y después de un largo catecumenado en el que eran introducidos en el misterio de la figura de Jesús. Pero, en nuestros días, se calcula que el noventa y dos por ciento de los bautismos católicos son administrados a menores de siete años. La fe cristiana se ha ido transmitiendo de padres a hijos, y los sacerdotes han mantenido viva la llama del cristianismo. Siempre han existido en la Iglesia grandes santos y doctores, grandes maestros y predicadores. Durante algunos siglos, en nuestros hogares se ha respirado un cierto aire religioso. Pero ahora, la mayoría de los cristianos viven tan secularizados, que apenas se distinguen de los que no lo son. Ni están instruidos ni viven la fe que profesan. Son cristianos de nombre y de tradición, pero no de vida. Según las encuestas realizadas, más del ochenta por ciento de los que se dicen católicos viven totalmente alejados de la Iglesia. La mayoría de los niños de nuestro tiempo no nacen ni viven ya en un hogar cristiano. Muchos hacen la primera comunión, pero ahí termina su formación religiosa. La fe no se hace adulta con el paso del tiempo, no despierta al llegar a la mayoría de edad. Al contrario, si algo queda de la niñez, se evapora como una gota de rocío ante la llegada del sol. Se ha dicho, en efecto, que la decisión de la Iglesia antigua de bautizar a los niños “ha sido la opción de mayores consecuencias de todas en la historia de la Iglesia” (Hans Urs

von Balthasar). Pero esa decisión ha metido a la Iglesia en un callejón para el cual nunca ha encontrado una salida airosa, porque la mayoría de los que han sido bautizados de niños no han sido evangelizados ni se han encontrado nunca con Jesús como Señor y como Salvador. El hecho generalizado del bautismo de los niños ha dado como resultado una sociedad cristiana, pero prácticamente pagana.

Por eso es absolutamente necesario despertar a todos los fieles cristianos al soplo del Espíritu. Tienen que recibir una vida nueva, recibir un *bautismo en el Espíritu* que los introduzca en esa atmósfera o en ese ambiente de vida y de gracia que nunca han respirado. La mayoría de nosotros no hemos asumido personalmente lo que nuestros padres hicieron por nosotros el día de nuestro bautismo. No hemos llegado a un encuentro personal con Jesús, ni sabemos, en realidad, lo que eso significa. No hemos hecho un acto plenamente consciente, libre y voluntario, de fe en Jesús como Señor y Salvador. Las gracias y dones que recibimos en el bautismo se han quedado como muertas, casi sin

entrenar. No hemos experimentado el aliento del Espíritu en nuestra alma y en nuestro cuerpo. Necesitamos actualizar y revivir todas esas gracias que fueron depositadas en nuestra alma en el bautismo. Necesitamos un *pentecostés personal* en nuestra vida. Mientras no llegue ese momento podemos ser hombres buenos y honrados, pero no criaturas nuevas llevadas por el soplo del Espíritu. Necesitamos saber que él está ahí, como un abrazo de amor, como un poder que penetra más allá de los sentidos, como un torrente que hace florecer los desiertos más áridos e ilumina las noches más oscuras. De él hay que nacer o renacer. Porque al punto que hemos llegado ya no bastan los cursos de Biblia, ni estrategias humanas, ni planes pastorales, ni conferencias de todo tipo. Lo único que el hombre necesita es ser bautizado en ese mar de fuego que es el Espíritu. Para el hombre ese bautismo es tan necesario como el respirar. Sin el Espíritu nos morimos sin remedio, pero con él podemos ser unas nuevas criaturas. Sólo podemos desear que el Espíritu venga a actualizar todo lo que ya nos regaló el día del bautismo y que despierte todas las ener-

gías latentes depositadas en el alma. En la Renovación carismática se ha hecho realidad ese *nuevo Pentecostés* por medio de un *bautismo en el Espíritu* que ha transformado nuestras vidas por entero.

¿Cómo decirlo todo en unas cuantas palabras? Si el pecado es muerte, el bautismo es vida; si el pecado mancha, el bautismo limpia; si el pecado es alejamiento y extravío, el bautismo es acercamiento y reconciliación; si el pecado es tiniebla, el bautismo es luz; si el pecado es esclavitud, el bautismo es adopción filial. El bautismo es una regeneración, un nuevo nacimiento, una vida nueva, un nuevo estado de hijos, un estado de santidad y de gracia sin fin. Por medio de él bajamos a los infiernos de nuestra vida, allí donde se abre el cielo para nosotros y donde podemos oír la voz del Padre: “¡Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy!”

Vicente Borragán Mata



## Para Meditar...

*Del comentario de san Cirilo de Alejandría, obispo, sobre el evangelio de san Juan.*

### **Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.**

El Señor, para convencernos de que es necesario que nos adhiramos a él por el amor, ponderó cuán grandes bienes se derivan de nuestra unión con él, comparándose a sí mismo con la vid y afirmando que los que están unidos a él, e injertados en su persona, vienen a ser como sus sarmientos y, al participar del Espíritu Santo, comparten su misma naturaleza (pues el Espíritu de Cristo nos une a él).

La adhesión de quienes se vinculan a la vid consiste en una adhesión de voluntad y de deseo; en cambio, la unión de la vid con nosotros es una unión de amor y de inhabitación. Nosotros, en efecto, partimos de un buen deseo y nos adherimos a Cristo por la fe; así llegamos a participar de su propia naturaleza y alcanzamos la dignidad

de hijos adoptivos, pues, como afirma san Pablo, el que se une al Señor es un espíritu con él.

De la misma forma que en un lugar de la Escritura se dice de Cristo que es cimiento y fundamento (pues nosotros, se afirma, estamos edificados sobre él y, como piedras vivas y espirituales, entramos en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, cosa que no sería posible si Cristo no fuera fundamento), así, de manera semejante, Cristo se llama a sí mismo vid, como si fuera la madre y nodriza de los sarmientos que proceden de él.

En él y por él hemos sido regenerados en el Espíritu para producir fruto de vida, no de aquella vida caduca y antigua, sino de la vida nueva que se funda en su amor. Y esta vida la conservaremos si perseveramos unidos a él y como injertados en su persona; si seguimos fielmente los mandamientos que nos dio y pro-

curamos conservar los grandes bienes que nos confió, esforzándonos por no contristar, ni en lo más mínimo, al Espíritu que habita en nosotros, pues, por medio de él, Dios mismo tiene su morada en nuestro interior.

De qué modo nosotros estamos en Cristo y Cristo en nosotros nos lo pone en claro el evangelista Juan al decir: *En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.*

Pues, así como la raíz hace llegar su misma manera de ser a los sarmiento, del mismo modo el Verbo unigénito de Dios Padre comunica a los santos una especie de parentesco, consigo mismo y con el Padre, al darles parte en su propia naturaleza, y otorga su Espíritu a los que están unidos con él por la fe: así les comunica una santidad inmensa, los nutre en la piedad y los lleva al conocimiento de la verdad y a la práctica de la virtud.



# El Rincón de los Testimonios



Yo nací en una familia cristiana gracias a Dios, y aprendí a conocer a Dios a través de mi madre; ella iba todos los días a misa, yo no comprendía lo que ella vivía, ya que yo no había descubierto la fe, el gran don de la fe.

A mis veintitrés años, me casé y, por raro que os parezca, yo me decía a mí misma, según iba acercándome al altar: “Yo quiero mucho a Miguel, pero ¿sabré hacer lo que me pide el sacramento del matrimonio durante toda mi vida junto a él? Y de pronto mi vista, ya en el altar, fue hacia el Corazón de Jesús, que lo tenía frente a mí y le pedí que Él, Jesús, fuera uno más en esta familia que empezábamos. Sentí una paz tremenda y con mucha alegría descubrí el don de la Fe con la confianza en que Él sería uno más en nuestro hogar. Y siempre enseñamos a nuestros hijos que Jesús vivía entre nosotros y sería quien nos ayudaría a caminar.

Tengo 12 hijos buenísimos, 8 mujeres y cuatro varones; para mí otro de los muchos regalos de Dios es tener un hijo sacerdote.

Cuando mis hijos fueron mayorcitos -15, 16 años- ya pudimos comprometernos con nuestra parroquia para lo que fuéramos necesarios. Todo lo hacíamos juntos, padres e hijos.

Conocimos el movimiento familiar cristiano y nuestra misión era la integración familiar. Hicimos encuentros de tres días con familias que nos pedían ayuda. Hablábamos por separado primero con los padres y también con los hijos, y veíamos que, a pesar de sus problemas, había un entendimien-

to entre ellos gracias a Dios. Al comienzo teníamos una Eucaristía, y otra en acción de gracias el último día, por lo que el Señor había hecho en ellos. Y nosotros dábamos gracias a Dios por ser sus instrumentos.

Cada quince días se hacía un seguimiento con las familias, nos reuníamos en un local de la parroquia los padres y los hijos y se hablaba de cómo seguían con ese entendimiento familiar.

De lo que quiero hablaros hoy es de lo que hizo la Renovación Carismática comunitaria de Maranatha (“Ven Señor Jesús”).

De entrada a mí me impactó el nombre que se puso a este grupo madre, pues de aquí han nacido ya muchísimos grupos que empezaron en otros lugares y parroquias.

Hermanos, cada día al levantarme le digo: “Ven Señor Jesús”, camina conmigo, ayúdame en mis quehaceres de la casa, dame tu amor, para aprender a transmitirlo. No me canso de pedir que el Espíritu Santo nos dé a todos los que venimos cada miércoles a Maranatha una experiencia de vida nueva en el Espíritu, una alegría que solo Dios nos da si le vamos descubriendo por el Espíritu Santo, dador de vida, torrente de agua viva, que nos va acercando al conocimiento de Dios, que es amor.

Yo no puedo vivir sin la Eucaristía todos los días, me siento tan íntimamente unida al Señor que le doy gracias por saborear su presencia desde que empieza hasta el final. Su palabra para mí es vida, el prefacio es alegría. El Señor nos quiere alegres porque Él se quedó entre nosotros para alimentarnos con el Sacramento de su Amor.

Él nos dice que “el que come de este pan y bebe de este cáliz tendrá vida eterna”. ¡Qué gran amor el suyo!, toda su vida fue entrega hasta morir por redimirnos. ¡Bendito seas, Señor!

Quiero contaros lo que para mí fue la efusión en el Espíritu. Al imponerme las manos, unos hermanos me dijeron que pidiera lo que en mi interior sentía que necesitaba. Pedí en voz alta que me desprendiera de todas las ataduras que yo tenía, amor propio, respetos humanos, vanidad, miedo al ridículo. Pidieron por mí y doy gracias a Dios: ya no me importa nada de lo que sentía entonces, tengo mucha paz y veo que, a través del Espíritu Santo, voy descubriendo lo que he recibido en Maranatha, la oración de los hermanos, la alegría de la alabanza, cantándola con el ministerio de música, “maravillosa”. La enseñanza por un miembro del ministerio de discernimiento u otros hermanos, hablándonos cada miércoles de la palabra de Dios y de cómo seguirle.

No quiero extenderme, nombrando todos los ministerios de servicio, pero no puedo pasar por alto el ministerio de enfermos, donde estuve durante muchos años -al morir mi marido, tuve que dejarlo- compartiendo con mis hermanos de comunidad un amor tan profundo por los que sufren, bien por una enfermedad, bien por soledad. Viví la presencia de Cristo vivo dándonos el calor de su Amor a estos hermanos que visitamos, siendo nosotros sus pobres instrumentos, siempre recibiendo más de lo que damos. Además, siempre nos ponemos en su presencia ante de visitarlos. ¡Gloria al Señor!

Y así es, hermanos, lo que yo voy sintiendo, que cuando la fe crece en ti quieres descubrir más y más de Él, que es Amor y Vida.

Termino diciéndoos que la palabra de Dios que hace un gran eco en mí es: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Siento como si él me dijera: sígueme, amando a todos los que te rodean, dando testimonio de mí, ten mucha caridad con tu prójimo, y olvídate de ti misma. ¡Cuánto hay para meditar en esta palabra tan hermosa!

*Fina Soriano*

# Recordemos qué es la Renovación

**Allan Panozza**  
**Los Carismas**

(Boletín del ICCRS, mayo-junio 1996)

**Allan Panozza** nació en 1933 en Geolong, Australia. Creció con un amor por la vida sacramental de la Iglesia. En 1957 se casó con Carmel y tienen 3 hijos, 2 hijas y 18 nietos. En febrero de 1978 Allan y Carmel recibieron el bautismo en el Espíritu Santo y en 1983 Allan fue elegido Director de la CCR (Renovación Carismática Católica) en Melbourne. Ha trabajado para la Renovación a tiempo completo desde 1985. Es actualmente Director del Comité de Servicio Nacional para Australia y se ha unido al Consejo del ICCRS en 1991 como representante ante la Renovación en Oceanía. Desde el año 2000 ha sido Presidente del ICCRS. En febrero de 2002 recibió del Papa Juan Pablo II el nombramiento para ser miembro del Pontificio Consejo para los Laicos en Roma. En su misión ha recorrido toda Australia y un gran número de países extranjeros. Tiene una particular devoción al Santísimo Sacramento y promueve intensamente la devoción de la Adoración Perpetua. Junto a su párroco ha abierto, en su propia parroquia, una capilla para la Adoración Perpetua.  
(www.iccrs.org)

Los carismas o "dones espirituales" fueron dados a la Iglesia el día de Pentecostés; por eso debemos considerar normal el uso de estos dones dentro de la Iglesia católica.

San Pablo se refiere a los dones espirituales en las epístolas que escribió a las iglesias, particularmente en I Cor 12, Rom 12 y Efe 4.

En I Cor 12 se enumeran nueve dones del Espíritu Santo que deberían darse en las comunidades de creyentes en Jesucristo. Estos nueve dones, que pueden agruparse en tres títulos, tendrían que ser igual de evidentes en la Iglesia actual como lo eran en tiempos de Pablo.

## El poder para decir

Pablo se refiere al don de profecía en el que el Señor habla a una comunidad en la lengua común de los presentes. Los grupos de oración carismáticos de todo el mundo están familiarizados con este don que Pablo valora como importante en la vida de la comunidad, porque la Palabra del Señor siempre elevará y alentará a aquellos que la escuchen y la reciban.

A veces la palabra profética será dicha en otro idioma o lengua, de la que la comunidad esperará una traducción, normalmente dada por otra persona con el don especial de la interpretación, también mencionado por San Pablo.

El tercero de estos dones de la "palabra" es el don de orar en lenguas. Esta es simplemente la habilidad dada por el Todopoderoso Dios para alabarle en el idioma del Espíritu Santo. La persona que ora en lenguas no entenderá los sonidos; sólo el mismo Señor puede conocer la naturaleza de la oración que es inducida a través de la acción del Espíritu Santo.

Recordad que en la práctica de los dones de la palabra, la persona con el don tiene siempre el control de su uso y puede elegir aplicar la acción del Espíritu Santo en el momento adecuado... "Porque Dios no es un Dios de desorden sino de paz" (1 Cor 14,32).

## El poder para conocer

San Pablo también habla de los dones de la palabra de sabiduría y de la palabra de conocimiento que, con el don de discernimiento de espíritus, pueden denominarse como los "dones del conocimiento".

Jesús, en la plenitud de su humanidad, contó con la presencia del Espíritu Santo en su vida, y le vemos en el evangelio usando la palabra de la sabiduría para refutar los ataques que le hacían los fariseos.

En Mateo 22, 21, cuando Jesús parece estar en una situación de "no vencer" sobre si era legal o no, según la ley judía, pagar impuestos a los romanos, confunde a sus adversarios cuando les ordena "dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

De vez en cuando nos enfrentamos a situaciones en las que tenemos que tomar decisiones muy importantes que pueden afectar a nuestras vidas o a las de aquellos que dependen de nosotros.

En momentos como estos tenemos que rezar al Señor y pedirle el don de sabiduría, para que el poder del Espíritu Santo, que reside en cada uno de nosotros a través del sacramento del bautismo, nos haga saber qué dirección quiere el Señor que sigamos.

En una ocasión me tuve que enfrentar a una situación muy delicada, en la que tenía que tomar una decisión inmediata en un hospital sobre el tipo de tratamiento al que tenía que ser sometido mi padre. Oré al Señor para que me ayudara y pedí en mi oración que el Espíritu Santo guiara mi decisión. Mientras estaba en la sala de espera sentí claramente la voz del Señor respondiendo a mi oración. Vi que el Señor me inclinaba a la decisión opuesta a la opinión del personal del hospital.

Somos capaces de juzgar si el Espíritu Santo está en la fuente de una acción por los frutos que la siguen.

Los frutos que siguieron a mi decisión fueron buenos. Saqué a mi padre del hospital y lo llevé a casa y vivió más de doce meses en paz y contento antes de que el Señor se lo llevara dulcemente y sin sufrimiento.

En el ministerio de orar unos por otros, el don de la palabra de conocimiento puede ser un arma importante provista por el Espíritu Santo. Este don permite a la persona hablar con autoridad y profundo discernimiento sobre una verdad o revelación de Dios.

Vemos en el capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles cómo Pedro se levantó tras recibir el Espíritu Santo en Pentecostés y cómo fue capaz de explicar con detalle a la multitud reunida el completo significado de la muerte y resurrección de Jesús, y de invitarles a ser bautizados en el nombre de Jesucristo y a recibir el Espíritu Santo.

La consecuencia inmediata de su sermón fue que los corazones de los presentes fueron tocados y ese día se convirtieron alrededor de tres mil personas.

El tercero de los dones de conocimiento es el discernimiento de espíritus, lo que capacita para emitir un juicio sobre la motivación profunda de cada acto. Dentro de la comunidad es importante que este don esté operativo, ya que el mal siempre trata de quitar el enfoque de Jesús y traer la confusión y el miedo.

La raíz o motivación profunda de cada acto o iniciativa solo puede venir de Dios, del demonio o -creo que en la mayoría de las situaciones- de nuestro propio espíritu humano.

Esto era muy evidente en el evangelio, cuando Simón Pedro proclama a Jesús: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16), y Jesús lo alaba al recibir esta revelación directamente del Padre en el cielo.

Poco después, Simón Pedro habla de nuevo, pero esta vez la motivación viene de su propio espíritu humano, cuando responde a la revelación de

Jesús de que pronto será llevado a la muerte y resucitará el tercer día: "Esto no debe sucederte" dice Pedro, pero en vez de recibir el apoyo de Jesús, este le riñe porque... "estás pensando no como Dios sino como lo hacen los seres humanos" (Mt 16, 23).

### El poder para hacer

Los tres últimos dones mencionados por San Pablo en este pasaje pueden verse principalmente como dones "en acción".

El carisma de sanación está muy presente hoy día en la Iglesia. Se celebran con frecuencia misas en las parroquias con la particular intención de orar por la sanación física de los presentes. En estas misas, el sacerdote administra el sacramento de la unción de los enfermos y siempre me maravillo del extraordinario poder de este sacramento para sanar el cuerpo y la mente.

En las reuniones carismáticas de oración, es obligatorio que haya un espacio para la oración de sanación. La gente impone las manos a otra persona y reza para que el Señor toque a esa persona en sus necesidades. Sé por experiencia que el Señor continúa sanando a través de este ministerio y de gente llena de fe, que ejercita este carisma de la sanación como parte habitual de su vocación como discípulos de Jesucristo. Igual que el leproso sanado vuelve a dar gracias a Dios, es importante que los testimonios de aquellos que reciben la sanación den a Jesús la gloria.

A menudo me pregunto por qué algunos piensan que el don de hacer milagros debería ser ejercitado con menos frecuencia que otros dones, como la profecía o el orar en lenguas. Jesús es el que da y nada es difícil para Él.

He visto a una mujer ciega durante

ocho años, con un pronóstico médico de incurable, recibir milagrosamente la vista, mientras ella rezaba por otra persona ciega.

He visto, en una misa de sanación, a un hombre que cojeaba debido a un pie deforme, ser instantáneamente curado a través del poder de hacer milagros, mientras nosotros rezábamos a Jesús para que su toque sanador bajara a los que estaban reunidos en fe.

Finalmente, el carisma de la fe permite conocer con absoluta certeza al que lo ejercita que Dios responderá a la oración expresada.

Ningún ejemplo mejor de este don que Jesús delante de la tumba de Lázaro mientras rezaba: "Padre, te doy gracias por escuchar mi oración... Lázaro, sal fuera" (Jn 11,41-43).

Estos nueve dones y, por tanto, todos los dones del Espíritu Santo, han sido dados a la Iglesia peregrina para ayudarnos en nuestro viaje de fe cuando nos "esforzamos trabajosamente en seguir adelante" (Col 1, 29).

Centremos nuestra atención sólo en Jesús, para que podamos rendirnos más plenamente a su gracia en nuestras vidas, mientras Él continúa enviándonos el Espíritu Santo para llenarnos con sus dones.

Allan Panozza





## **Pascua 2008 zona centro, 20-23 de marzo**

CASA DE ORACIÓN SANTA MARÍA  
AVDA. ALCÁZAR DE SAN JUAN, 55  
HERENCIA, CIUDAD REAL

## **Encuentro regional de la zona centro, 12 de abril**

Se celebrará el día 12 de abril y comenzará a las 10.30 a.m.

Colegio Valdeluz  
C/ Fermín Caballero, 53  
28034 Madrid

## **Pentecostés 2008 zona centro, 11 de mayo**

El retiro y la vigilia de Pentecostés se celebrará en el colegio San Agustín

C/ Padre Damián, 18  
28036 Madrid

## **Retiro de Pentecostés en Valladolid, 31 de mayo**

Para más información ponerse en contacto con Nines: 983 22 42 52

## **Seminarios en Santa María de Caná (Pozuelo)**

### **Seminario de Iniciación a la Vida en el Espíritu: para los "nuevos" o personas que incorporadas hace poco tiempo no hayan hecho el Seminario**

Inicio: 2 de Abril, miércoles, 8,30 PM

Siete miércoles seguidos hasta el día 14 de Mayo

Retiro de Efusión: 26 y 27 de Abril - el sábado se iniciará por la tarde sobre las 4,30 PM y el domingo a las 10 AM

Una vez finalizado el Seminario, los nuevos hermanos se incorporarán al grupo los lunes

### **Seminario para la comunidad.**

Inicio: 31 de Marzo, lunes 8,30 PM

Siete lunes seguidos, finalizando el 12 de Mayo

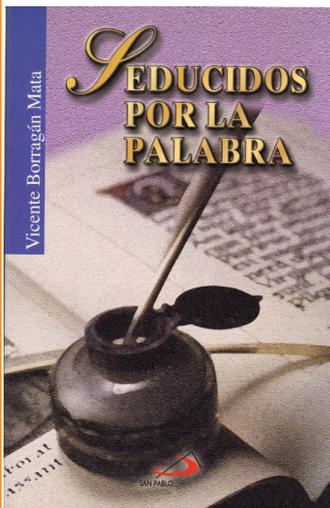
Retiro de Efusión: 26 y 27 de Abril - el sábado se iniciará por la tarde sobre las 4,30 PM y el domingo a las 10 AM

## **Semana de oración zona norte**

25 al 30 de Agosto en Loyola

Para más información ponerse en contacto con Pedro Arribas: 627 510 622

# Ideas Para Tu Biblioteca



SEDUCIDOS POR LA PALABRA  
Vicente Borragán Mata  
(San Pablo)

“Siento un estremecimiento dentro mi ser cada vez que pienso que Dios ha tomado la iniciativa de salir a nuestro encuentro, haciéndose palabra humana cercana e inteligible, y que nos ha convertido en interlocutores de un diálogo que nunca jamás tendrá fin. El nos ha hablado como una madre habla a sus hijos, con palabras dulces y cariñosas, ardientes y consoladoras, que iluminan y dan vida.

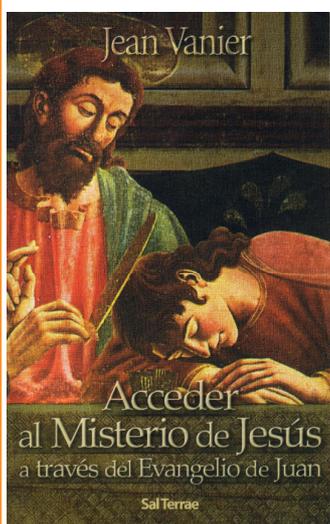
Pero si Dios ha hablado, el hombre tiene que escuchar, acoger y guardar en su corazón esa palabra que le llega desde la eternidad, suave como una caricia o poderosa como un huracán. Sería imperdonable que Dios se afanara en hablar y que el hombre se negara a escuchar”. (Palabras del autor en la introducción)

## TÚ ERES MI AMADO

La vida espiritual en un mundo secular  
Henri J.M. Nouwen

“A raíz de un encuentro fortuito con un periodista del New York Times, el autor llegó al convencimiento de que había que encontrar un nuevo tono, un nuevo lenguaje para hablar de espiritualidad a los hombres y mujeres que viven en medio de la sociedad secular. Muchos de los pensamientos, conceptos e imágenes que tradicionalmente se han utilizado en la exposición de la espiritualidad cristiana, han perdido su poder hoy. Así nació este libro, como una propuesta espiritual para el que vive en la sequía del mundo secular”.

En todo el libro resuenan las palabras del Padre “Tú eres mi hijo, el amado, en el que he puesto todas mis complacencias” y nos enseña a “cómo convertirnos en el amado” para plenamente poder “vivir como el amado”.



ACCEDER AL MISTERIO DE JESÚS  
a través del Evangelio de Juan  
Jean Vanier  
(Sal Terrae)

“Lo que yo comparto en estas páginas es la música que he escuchado detrás de las palabras de Juan. He escuchado el canto que ha avivado mi corazón, ha abierto mi inteligencia, ha dado esperanza, sentido y orientación a mi vida, con todo cuanto hay de hermoso y todo cuanto está quebrado dentro de mí, y ha dado también sentido a este mundo de dolor en que vivimos.

Yo quiero entonar también este canto, aunque mi voz sea débil y a veces vacile, para que otros puedan cantarlo y para que juntos podamos elevar en el mundo un canto de esperanza para llevar la alegría donde hay tristeza y desesperación”.

Libro de gran ternura, delicadeza y belleza, que recorre todo el evangelio de Juan, que ayuda a la comprensión



## ***A Tu Servicio***

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 914395071 (Irene Laín)  
e-mail secretaria: [beacarrasco@telefonica.net](mailto:beacarrasco@telefonica.net)  
Correo ordinario: Irene Laín Martínez  
C/ Marroquina, 72 1ª A –28030– Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Clara Albert, María de la Fuente, Dori  
Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene Laín